

De entre todos a quienes convoca el interés por Carlos Pereyra (1940-1988), se supone que los que, por una razón u otra, tuvimos la suerte de estar cerca de él, tenemos también el privilegio de saber más sobre él; que tenemos la capacidad de dar testimonio de lo que fue, de lo que hizo, de lo que tuvo.

Sin embargo, por poco exigentes que seamos con nuestra capacidad de testimoniar, su fundamento, es decir, el saber que deberíamos tener sobre Carlos Pereyra, se revela en gran medida como evanescente.

En lo que a mí respecta, pienso que mi recelo a decir: “Carlos Pereyra fue así, hizo esto, tuvo aquello”, responde a dos causas, que además no parecen compatibles entre sí.

La primera es la cercanía en que nos encontrábamos: catorce años de vernos durante y después de las reuniones semanales del consejo editorial de *Cuadernos políticos* —años que prolongaban un tiempo anterior, iniciado en 1968, en el que los encuentros para fines teóricos o políticos alternaban con otros de intenciones más lúdicas y festivas—, habían creado entre nosotros un sistema de identificación mediante sobrentendidos —sobrentendidos lo mismo acerca de lo que nos unía que sobre lo que nos separaba— que reducía considerablemente la distancia que es necesario tener respecto del otro como para poder verlo y juzgarlo sin estar obligado al mismo tiempo a emprender la tarea inacabable de verse y juzgarse a uno mismo.

El recelo respecto del testimonio que yo pudiera dar de Carlos Pereyra consiste así, en primer lugar, en el reconocimiento de mi incapacidad de poner su imagen frente a mí y mirarla desinteresada, objetivamente. La otra razón de este recelo tiene que ver también con la cercanía, aunque a primera vista parezca negarla. Cuando intento afirmar: “Yo vi a Carlos Pereyra hacer o decir esto o aquello”, me doy cuenta de que estoy hablando de un personaje que pertenece a ese tipo de narraciones míticas, semicolectivas, semiprivadas, de las que nos servimos cada uno de nosotros para preparar la inteligibilidad del mundo de nuestra vida cotidiana. La figura de Carlos Pereyra se convierte así, desrealizada, en la de un personaje de una “mitología” muy íntima; figura que cumple funciones muy precisas en la construcción del discurso explicativo-justificadorio con el que yo me atrevo a enfrentarme a lo real. Figura, por lo tanto, que, en su concreción, sólo tiene validez para mí y que para otros testigos de la vida de Carlos Pereyra puede resultar incluso irreconocible.

Dentro de esta mitología entre privada y pública a la que hago referencia, el mito en el que la figura de Carlos Pereyra aparece como

Alejandro Rossi, Olbeth Hansberg, Carlos Pereyra y Carlos Monsiváis.



especialmente conflictiva y protagónica es el que, por comodidad, podría llamarse el mito del *desencanto*.

Nadie puede dejar de observar el cambio substancial que ha experimentado la definición de lo que podríamos llamar el núcleo aglutinante del pensamiento y la acción de los intelectuales de izquierda: la definición del acontecimiento deseado. En 1968, este acontecimiento deseado llevaba el nombre radical, para muchos apocalíptico y mesiánico, de *revolución*; era la época en que decíamos: "hay que ser realistas, hay que exigir lo imposible".

En los veinte años que van de 1968 a 1988, la figura legendaria en la que convertimos, querámoslo o no, a Carlos Pereyra al hablar de él, condensa las tensiones del pensamiento de izquierda. Su figura se mueve entre el "sarmientismo" (confianza en la civilización y el progreso occidentales) y el "fanonismo" (confianza en la bondad intrínseca de lo no occidental). Entre el radicalismo racionalista (laicismo consecuente, es decir, antiutópico, antifundamentalista) y el radicalismo romántico. Entre el proceso sin sujeto y la concreción de la coincidencia de movimientos. Entre la cercanía militante y el distanciamiento teórico. Y, sobre todas las cosas, destaca por su limpieza moral, por su "puritanismo".

Desde 1988, el acontecimiento deseado llevará otro nombre, mucho menos decisivo y heroico que el de hacía veinte años, pero tal vez más urgente: se llama *democracia* y la concebimos como condición indispensable del socialismo. A la experiencia que ha dado lugar a este cambio en la definición que la izquierda hace del acontecimiento deseado se ha dado en llamar la experiencia del *desencanto*.

La estrategia genuina y difícil de Carlos Pereyra ante el desvaneci-

miento de la alternativa del “socialismo real, (única) realidad del socialismo”, fue el paso de la “revolución” a la “democracia”. Podemos leer sus escritos como los de un socialista al que le tocó pensar y actuar en “épocas de penuria” para el socialismo; como los trazos de una estrategia esbozada con el fin de que la izquierda esté en capacidad de asumir el desencanto que ha traído consigo la caducidad de toda una figura y toda una época del socialismo, sin dejarse vencer por sus efectos anonadadores, pero al mismo tiempo sin traicionar su validez.

Guadalupe Pérez San Vicente

Mina Ramírez Montes

Guadalupe Pérez San Vicente, maestra en Ciencias de la Educación y doctora en Ciencias Históricas por la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad, en cuyo cuerpo docente ingresó desde el año 1953 con carácter de honoraria; cinco años más tarde ocupó la cátedra de Paleografía, al suplir a Federico Gómez de Orozco, misma que ocupó durante treinta y tres años ininterrumpidos; la mayoría del tiempo impartió esta materia en la licenciatura y algunos años en el posgrado, donde también estuvo a cargo de varios seminarios relacionados con la archivología. En 1986 presentó su renuncia ante las autoridades de la Facultad para desempeñar su nombramiento en el Consejo del Centro Histórico de la Ciudad de México, del que dependen los archivos históricos del antiguo Ayuntamiento de la ciudad y del Departamento del Distrito Federal.

Lupita, como la llamamos cariñosamente quienes la estimamos, es una de esas maestras que ha dejado honda huella en los alumnos que hemos pasado por sus aulas, por su simpatía, por su generosidad, pero sobre todo por lo valioso de sus enseñanzas y porque sus consejos fueron una llave para abrir muchas puertas. Éste ha sido el legado de la maestra de paleografía, cuya asignatura no es fácil para los pupilos, pero tampoco inaccesible. Muchos recordamos con gusto aquellas reuniones de trabajo o de placer en su casa, donde éramos bien recibidos y donde, luego de concluir la labor del día o antes de comenzarla, compartíamos su mesa y nos deleitábamos con los suculentos platillos que ella preparaba, pues en su persona han concurrido siempre las cualidades de la mujer profesional con la habilidad y buen gusto para la cocina, haciendo del quehacer gastronómico una verdadera profesión en la práctica y en la investigación histórica.